

Budô:

Elogio de lo invisible



Pedro Martin González

Kenshinkan dòjò

Aikidô no michi

A

Ahí dominas el centro de la espiral
Dirigiendo el movimiento hacia el Vacío.
Ahí ordenas lo que intenta
Evadirse de la Ley Universal.

I

Imaginas la Armonía como destino mayor,
La esencia de tu ser hecha Energía,
La Fluidez en la contienda imperio de tu Razón,
Y la No-Oposición tu Profecía.

K

Ki para restar violencia a quien te prueba,
Para absorber unas dosis de impaciencia.
Ki para responder a una equivocación
Devolviendo al Universo No-Violencia.

I

Idealizas una metamorfosis:
La del Amor en vivo,
La Alquimia de la impureza,

El dibujo en el espacio de la Belleza de tu técnica.

D

Diriges lo denso hacia el Vacío,

Y allí, donde la Nada, creas la Inteligencia

Para construir junto a ella la dignidad de los vencidos,

Devolviendo a tu adversario la Libertad de la elección.

Ô

Otra vez el perfume de la Vida verdadera en mi Centro,

Y la Paz con el mundo y sus gentes, realidad.

De nuevo esa constructiva transformación

Que ha hecho de ti la más completa de las Vías.

Budô no Kokoro

No es solo el gesto
Expresando un movimiento perfecto,
Ni es sólo el foco del ojo
Buscando una dirección, un encuentro.
No es sólo la precisión de la técnica,
Que aprisiona el pensamiento,
Ni la sola energía de los cuerpos
Dando vida a lo perecedero.
No es sólo el soplo que grita
Manifestando un sentimiento,
Ni la sola presencia del ser
Rozando el instante, el momento.
El Budô es una forma de Arte,
Y el Arte, revelación de lo de adentro.

Cuarenta y siete

Había que saber mirar
Para verlos cabalgar más allá del velo del tiempo.
Y, para escucharlos,
Había que hacerlo desde un hondo y verdadero silencio.
Cuando ya el sol despuntó,
El eco de las caballerías hizo crujir el páramo frío
Atravesando la frontera de la niebla espesa
Y flanqueando el contrafuerte del barrizal de los caminos.
Una inmensa soledad,
Capaz de atenazar el impulso del campesino viejo,
No era razón para contener el paso de un puñado de hombres
Decididos, valientes, armados hasta los dientes.
Más allá de aquel primer paisaje
Se erguía, imponente, el castillo de Kira,
Que esgrimía fosos, empalizadas, torreones, murallas
Y un ejército de fieles determinado a morir.
Antes de enfrentar la contienda suicida,
Fieles a su destino,
Los samuráis de Asano se detuvieron,
Formaron un solo cuerpo
Y gritaron las palabras mágicas.
Después, desenvainando la espada,

Con la mirada clavada en las armaduras enemigas,
Despojados del miedo y la deshonra,
Los cuarenta y siete ronín acometieron su ataque definitivo.

Nen ryû dôjô

Estaba más allá de los caminos señalados,
Aislado de lo conocido,
Alejado de las voces que todo lo enjuician,
De quienes venden,
Dividen y organizan.

Durante el día permanecería callado,
Silencioso ante el ruido del mundo.
Después de las jornadas de luz y trabajo,
Ardería como un humilde faro
En las noches cerradas de la comunidad.

Aún no habrían llegado allí los mensajeros,
Y sólo las gentes sencillas acudirían a su seno
Con el ánimo único de la participación,
Del encuentro amistoso,
De la socialización.

Reunidas las espadas y las lanzas,
Los arcos y las flechas prestos,
Armaduras y bogus ajustados
Comenzarían las letanías,

El pulso firme, sereno y noble, de las contiendas.

Cuajarían una búsqueda calmada,

Unificarían tres esferas: Cuerpo, Mente y Corazón.

Una emoción los poseería: la realidad de la membresía,

Saberse continuación,

Pertenecientes a un Todo mayor.

Se inclinarían sinceros frente al shomen,

Mostrarían diligencia en Ôsoji,

Mantendrían una mirada limpia ante el Sensei,

El espíritu, más que alzado,

El corazón, henchido ante los kami.

Regresarían al hogar cruzando los arrozales,

Volviendo a ser padres y madres,

Abuelos y abuelas, hijos e hijas,

Hombres y mujeres, anónimos todos,

Verdaderos estudiantes de Maniwa Nen ryû.

El eco de una hora perfecta

Nadie lo espera en la tarde serena,
Pero encofrado en años de olvidanza,
Aparece -y me encuentra-
Un eco lejano de júbilo y gozo.

¡Ha llegado acompañado de unos parques vacíos,
Castillos cuajados de caminos viejos,
Madrugadas mudas de alegría,
Campos de sol y de frío.

Junto a él se presentan, dibujadas:
Una cara redonda como la Luna,
Dos ojos grandes, vivaces y abiertos,
Y unas manos blancas inocentes e ingenuas.

Sus palabras anticipan:
Una vida estremecida y vibrante,
La experiencia inmaterial
De ese misterio que es un Arte Marcial.

Memoria del tiempo sucedido.
Eco de una hora perfecta.
Antesala, espera, expectación,
Deseo, anhelo, afán ilimitado de Budô.

Gaito kamishibaiya

Ha llegado al *dôjô* el *Gaito Kamishibaya*.

En su bicicleta guarda:

Un teatrillo de madera,

Dulces recién hechos,

Historias sin fin.

Una lámpara votiva lo ha recibido.

El frío arrecia,

La luz se ha difuminado en noche,

Y es hora de recogimiento.

Haciendo sonar sus *hyoshigi*,

Se ha sentado ante nosotros

Y dispuesto dos historias mágicas.

Siguiendo el diapasón de su voz,

Nos hemos sumergido en el mundo onírico del cuento.

Keikoba

Me recibieron en la hora perfecta:

Una tarde muy quieta

Y una soledad sin nombres y sin fechas.

Avancé por los caminos viejos

Dejando atrás los arrozales

Hasta llegar al denso bosque que protegía el misterio.

Ir subiendo era tomar distancia,

Abrir espacios,

Entrar en el silencio entero.

Cuando ya la oscuridad cegaba las últimas sombras,

Una luminaria rompió la noche negra

Destapando el *dôjô* perfecto.

Escuché el sonido hueco del *kogusoku*,

Unas letanías indescifrables

Y un grito desgarrador que sostenía, en sus manos, el pulso mismo de la vida.

Había llegado a *Keikoba*.

La sabiduría del yukar

Dice el *yukar* que cuando el mar hubo retrocedido
Y desapareció el estrecho de Tsugaru
Llegó nuestro pueblo a la tierra de Ezochi.
Cuenta que desde Karatufu y Chisima
Hasta las llanuras de Kanto y Yamato
El bosque era, entonces, solo uno.
He escuchado que los ojos de la lechuza,
Que ahora dibujamos en el *Iyoikir*,
Eran tantos, como remolinos forman los arroyos,
Y que el oso, rey del *Iyomante*, no sabía de fronteras
E invernaba en toda la superficie del viejo *Cipango*.
Los ancianos aseguran que los *inaw* son duendes sabios
Que nos protegen de nuestros enemigos
Y ahuyentan los malos espíritus del *kotan*
Asegurando la paz en las aldeas.
Los ancestros nos enseñaron a reverenciar al salmón,
Fabricar los afilados *makiris*,
Bailar, delante del fuego, la danza *Sarorurimse*,
El arte del tatuaje, del *mukkuri*,
Y la talla de la madera.
Asomada desde la *rorun puyar* de mi hogar
Puedo ver el río sagrado de Saru,

La cumbre del monte Asahi
Y los colores del *momiji* de Daisetsuzan.

Mi nombre es Imekanu.

Soy una mujer *ainu*

Y guardo en mi memoria

La sabiduría intangible de los *yukar*.

Satori

Estabas allí:

Tu cuerpo, entre dos horizontes, dibujado:

Mi horizonte, de color verde,

El tuyo, de color blanco.

Estabas allí:

Las manos, apretadas contra el pecho,

Los ojos, acristalados,

Rotos de agua, bellos.

Estabas allí:

El aire, jugando en tus cabellos,

La luz, bajando de la Luna,

Acariciando el pensamiento.

Estabas allí:

La soledad de los espacios circundantes,

La soledad de los sonidos huecos,

La soledad del movimiento de tu cuerpo, de tu silencio entero.

Estabas allí:

Rozándote la piel con el Misterio,

Dejándote partir por dentro.

Sembrándote de Luz, de Entendimiento.

Siete colores

Blanco/Rukkyu: Pureza, Integridad, Inocencia.

Como la palabra blanca que arranca desde lo hondo y atraviesa, sin obstáculos, la densidad del espacio, arrojada, solo, por la pura **Inocencia**.

Amarillo/Gokyu: Apertura, Ilusión, Desprendimiento.

Como las rosas amarillas del jardín que, varadas junto al pozo, en el huerto, detrás de la casa, esperan la luz primera y amarilla del día para **Desprender** sus efluvios.

Naranja/Yonkyu: Disciplina, Rigor, Voluntad.

Como las manos del alfarero viejo, que modelan, con **Disciplina**, la pella anaranjada de barro en la mesa de su torno de rueda.

Verde/Sanky: Energía, Celeridad, Viveza.

Como el vívido verde de los bosques, cuajados de vida verde, vital y vivificante. Como quien es impetuoso, **Enérgico** y diligente, presto, siempre, al aprendizaje.

Azul/Nikyu: Misterio, Ocultación, Enigma.

Como el sueño prometido de los días azules, como el enigma profundo de los cuentos, como el cielo azul de la infancia que nos acercaba al **Misterio**.

Marrón/Ikkyu: Estabilidad, Solidez, Firmeza.

Como la tierra marrón que sostiene, entera, la vida, como el suelo marrón que frena, impulsa y levanta, como un hogar **Estable**, como una amistad sincera y verdadera.

Negro/Kuroi: Serenidad, Entereza, Quietud.

Como el tiempo de la noche negra que trae consigo la **Serenidad**, como las palabras sosegadas que quedan, suspendidas, en el aire, mientras cruzan, lentas, las horas quietas.

Subir a Fuji San

Hubo que llegar temprano, tan temprano que la noche recién cubría el paisaje y todo el entorno permanecía allí como dormido, en una quietud y un silencio casi mortal.

Hubo que caminar con diligencia, deteniéndose las pausas justas, conteniendo la mirada, el sobrecogimiento, sin dejar de avanzar.

Hubo que acometer los elementos; cruzar la oscuridad; enfrentar el frío intenso; mojarse en los aguaceros; encarar el viento cortante; combatir el calor sofocante.

Hubo que hablar lo preciso, pensar lo imprescindible, preguntar lo necesario, atender a lo importante; escuchar a lo esencial.

Hubo que ser humilde, no adelantarse a lo inmediato, dejar a las emociones su momento, a las sensaciones, su lugar.

Hubo que ser fuerte en las pendientes, encajar las botas en el barrizal, sortear los imprevistos, no cejar en la debilidad.

Hubo que ser cauto, no dejarse impresionar, no escuchar la algarabía, desoír las voces de victoria, superar la vanidad.

Hubo que ser paciente, abandonarse al paso libre de las horas, saber esperar, olvidarse del tiempo perfecto, dejar de programar.

Hubo que ser receptivo, estrechar manos y pisadas, confiar en los demás, estar dispuesto a la ayuda, dejarse ayudar.

Hubo que saber llegar, detener el impulso del cuerpo, apaciguar el corazón vehemente, volver a respirar paciente.

Y, ante aquella luz infinita, hubo que saber abrir los ojos grandes para ver, toda la llanura de Kantô, desde la cima de Fuji San.

Sueños de Cipango

Siempre voy por ese sueño,
Cruzando las estepas,
Los lagos ya sin nombre,
Las montañas azules que separan:
Mundos, usos y costumbres.
Turbada la mirada tengo por la belleza de la luz,
El alma, emblanquecida por su fina transparencia,
Y este cuerpo, donde habito,
Respirando a pleno pulmón.
Me dirijo hacia el Oriente del Oriente,
A un lugar donde el Sol nace,
Donde han nacido las Artes para detener las lanzas,
Donde el cerezo ha nacido,
Para embriagar, de belleza, el paisaje de Cipango,
Que ha dejado coronar, su isleña soledad,
Con la cima de un volcán: rojo y blanco.
Llevo junto a mí un equipaje sencillo:
El amor por el viejo Bujutsu,
Un puñado de libros, casi sagrados,
El contrafuerte de mi voluntad,
Y una curiosidad ilimitada.

Taky Shugyô

Ahora que hemos dejado atrás

Un duro y angosto peregrinaje.

Ahora que hemos sembrado,

De nobles letanías,

El fondo oscuro de los valles.

Ahora que el cuerpo ya responde

Al impulso del corazón henchido.

Ahora, con los egos ya vencidos,

El silencio haciendo hueco,

Y el espíritu entregado al encuentro del misterio.

Ahora, dominadas las batallas,

Vamos adentro.

A las cascadas solitarias,

A hacernos uno con el agua,

A la Purificación,

Al Desprendimiento.

Tu nombre es vacío

Kara *vacío*

Tu nombre es Vacío.

Vacío, el contenido de tu forma,

La intención última de tu continente.

El cuerpo que te nutre y te dibuja.

Te *mano*

Con las manos llenas de ti

Abrimos el espacio para crearte,

Para dibujarte y mirarte,

Para nombrarte y conocer tu rostro.

Dô *vía espiritual*

Caminamos junto a ti

Nuestras limitadas vidas.

Limando las aristas

En el tránsito vertical de tus dominios.

enshinka

o u

